

SAN FROILÁN



QUERIDOS HERMANOS,

Celebramos hoy la fiesta de San Froilán, nuestro conciudadano y nuestro patrón, nacido aquí cerca no Regueiro dos hortos y llegado a las alturas de una humanidad dichosa y gloriosa, a la plena comunión con Dios y con los hermanos propia de la patria celestial.

Para nosotros es modelo, compañero en el camino, razón para no decaer en la esperanza: a todos se nos ofrece el don inmenso del tiempo de nuestra vida, la libertad de un corazón humano, el cuidado de la Providencia divina y la mano de muchos hermanos. Cada uno de nosotros es llamado a un esplendor de vida, a una vocación y una fecundidad que sólo Dios ve en sus verdaderas dimensiones.

Nosotros nos alegramos hoy contemplando la grandeza alcanzada por uno de los nuestros, y en la esperanza por el destino de bien, de vida y de gloria de cada uno de nosotros.

Damos gracias a Dios por nuestra tierra y por Lugo; por haber nacido, por el pueblo y la familia que encontramos, por la comunión en su Iglesia; por San Froilán y todos nuestros santos patronos, siempre también por la Santísima Virgen María y sus grandes ojos misericordiosos.

Podríamos decir que San Froilán vivió un tiempo en que era necesario construir civilización, en un mundo de grandes cambios provocados por el encuentro y también el conflicto entre culturas y religiones, reinos cristianos y musulmanes. Sus padres seguramente habían sido testigos de la reconstrucción de la Catedral por Odoario, quemada con la ciudad no mucho antes.



Llegó a ser abad de grandes comunidades monásticas, con centenares de monjes y monjas. Comunidades que eran germen de vida nueva, animadas por un espíritu que había hecho voto de castidad, pobreza y obediencia, de dejar atrás una vida guiada por la búsqueda incluso violenta de riquezas, placeres y poder humano. No querían vivir guiados por la soberbia, la avaricia o la lujuria, sino por la humildad, el desprendimiento, el amor verdadero.

Por la elocuencia de su testimonio y de su palabra, por la claridad de su conciencia y de su juicio ante los problemas de la vida, Froilán fue apreciado por el pueblo cristiano y buscado para ser su obispo en la ciudad de León, capital entonces del Reino.

En él se unía el espectáculo de una vida admirable y el don de la palabra, de la predicación y la enseñanza; junto con una paternidad largamente ejercida y abierta a todos.

A esto nos sigue invitando S. Froilán hoy, a la misma tarea que une verdad y bien, inteligencia y corazón; y a un compartir generoso y sin miedo, de cuerpo y alma, fiados del mismo Señor Jesús. A nuestro modo y en nuestras circunstancias, esta manera de estar en el mundo resulta imprescindible también en nuestro tiempo.

San Froilán no lo consiguió desde sí mismo, sino gracias a la fe, que lo invitaba a seguir los caminos de la experiencia, de la doctrina, de la oración cristiana. El cuidado verdadero de su propio corazón, de su propia persona, hecho posible por su dedicación a la Palabra de Dios, al Evangelio, especialmente en los años de soledad de su ermita, fue razón de su crecimiento personal, de las muchas gracias que recibió; hizo posible la riqueza de su personalidad y de su palabra, y su fecundidad para su pueblo.

Es una lección para nosotros: en el conflicto de las interpretaciones, en la multiplicación de las propuestas culturales y religiosas, en el maremágnum de la información que quiere conformar nuestra conciencia y determinar nuestra manera de vivir, resulta decisivo encontrar uno mismo el camino, la verdad y la vida.

San Froilán creció en el encuentro con el Señor Jesús, en el reconocimiento del verdadero Dios y la escucha de su Palabra. Supo dar una forma buena a la vida, vivirla realmente con muchos y a la vista de todos, convirtiéndola en un ejemplo de construcción de la ciudad humana. Así, el esplendor de su humanidad hablaba de modo elocuente y creíble del verdadero Dios.

Su historia nos recuerda a todos la prioridad del cuidado de nuestro corazón y de nuestra conciencia, la preferencia que debemos dar a vivir uno mismo en la verdad. Y que ello es una labor decisiva, que necesita de voluntad y esfuerzo, que madura con el tiempo; y que encuentra sostén y es potenciada por la gracia de encontrar y seguir al verdadero Señor, de reconocer la luz del Evangelio.

Froilán nos testimonia el significado de la conciencia propia y de la búsqueda de la verdad, de la libertad de conciencia. Conviene insistir en ello hoy. No podemos construir sin preservar y promover la libertad de conciencia; no podemos ceder en la defensa de esta libertad en nuestra sociedad, permitir su censura por miedo a conflictos. Quien niega la libertad religiosa y, por tanto, pretende imponer su verdad o simplemente controlar personas y conciencias, se equivoca. No es nunca el modo de construir la ciudad, ni de trabajar por la paz.

El Evangelio, bien vivido, guió a Froilán y nos guía a nosotros por los caminos de la libertad y de la verdad. Enseña a reconocer el valor inapreciable de la persona del prójimo, creada y querida por Dios mismo, el de su libertad y sus bienes fundamentales.

Hemos de valorar inmensamente, por tanto, todo lo que nos ayuda a este vivir en la verdad del Evangelio, en nuestras casas y comunidades, en los diferentes ámbitos educativos, en los que crece y madura la conciencia de los más jóvenes.

Hemos de apreciar todo lo que contribuye a esta libertad en nuestra sociedad y en nuestras instituciones. Por eso, no dejamos de celebrar cada año esta fiesta de San Froilán en Lugo, volviendo a nuestras casas y a la verdad de nuestro corazón, mirando con alegría y esperanza a los propios seres queridos, a nuestra ciudad.

Pidamos al Señor, como nuestro santo patrón, la gracia de la elocuencia, del saber decir la palabra justa y constructiva, del saber transmitir y comunicar la fe en libertad, de ayudar a abrir caminos de verdad al hermano que la busca.

Pues, por otra parte, nuestras mismas convicciones creyentes se mantendrían más difícilmente en el tiempo sin inteligencia, y la fe, falta de palabra, quedaría muy limitada en su capacidad de construir, de proponer y dialogar, de generar unidad, de sostener la convivencia y la paz.

Encomendemos hoy esta ciudad de Lugo a nuestro patrón San Froilán, nuestras casas, los caminos en la vida de cada uno. Pidámosle que, con la Virgen de los Ojos Grandes, interceda especialmente por quienes sufren y están enfermos, por quienes están entre nosotros, pero lejos de sus familias y de su tierra. Como buen maestro, que cuide de nuestros jóvenes, que están creciendo. Que interceda por nuestras familias, por nuestras parroquias, por nuestras autoridades civiles.

Que a todos nos dé celebrar con alegría este día de fiesta de nuestro patrón, promesa de las grandes fiestas preparadas para quienes llegan, como Froilán, a la casa del Padre, donde todos somos esperados y a donde quiere conducirnos nuestro maestro y pastor, Jesús el Señor.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo
